JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÄS

N.º de la procedencia
1034

LOS DEMONIOS EN EL CUERPO.

Miguel Echegaray

LOS DEMONIOS EN EL CUERPO

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY y Eyaguirre

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA el 14 de Diciembre de 1886.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
1034

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, *principal*.

1887.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELVIRA.....	Sra. Górriz.
DON CLETO.....	Sr. Riquelme.
EL DOCTOR.....	Romea (Julián.).
RICARDO.....	Balaguer.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley

Salaverría 1ª Acto

ACTO ÚNICO.

La escena representa un gabinete bien amueblado; puertas laterales y en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

D. CLETO paseándose agitado.

Vamos á ver: ¿qué hago yo?
La pobre cabeza mía
al callejón en que estoy
no le encuentra la salida.
Á ver si entre ustedes hay
un alma caritativa
que me saque de este apuro,
que me resuelva este enigma,
que aparte de mí este cáliz
de hiel, vinagre y acíbar,
y que al darme la esperanza
sepa volverme la vida.
Ya comprenderán ustedes
que se trata de mi hija,
de una mujer; pues es claro:
donde hay sustos y fatigas,
y quebrantos y dolores,
y desazones y riñas,

723009

y tiros y puñaladas,
y cañonazos y cismas,
y guerra civil y el cólera,
y hasta la fiebre amarilla,
no hay que preguntar la causa,
la causa es bien conocida:
una falda, un piececito,
dos ojos y una mantilla.
¡Ay, desdichado de mí!...
¡que ya para mí no hay dicha!
Mi proyecto es el mejor.
Haga el cielo que me sirva.
Primero yo la hablaré
con esta voz persuasiva
que el señor pone en los lábios
de padres que martiriza;
más tarde la hablará él
uno, dos, tres, cuatro días,
cuanto quiera, que el amor
consume mucha saliva;
después llamaré á su médico
para que observe y me diga
si en tan bonita cabeza
falta alguna ruedecilla;
y por fin, haré que el cura
de pontifical se vista
y venga, y en confesión
la examine de rodillas.
Y si todo no es bastante
y sigue firme la chica,
me colgaré de un farol
de la más próxima esquina,
pues para mí, desdichado,
ya nunca puede haber dicha!
¡Ricardo!—Vamos á ver
si este muchacho me anima.

ESCENA II.

D. CLETO, RICARDO por la izquierda.

CLETO. ¿La has hablado?
RICAR. Sí, señor.

Llegué un instante á su puerta,
pero con mucha dulzura
me replicó que me fuera,
que no cortara sus rezos
ni turbara su conciencia
y que no prestase ayuda
al ángel de las tinieblas;
y por no escuchar sermones
en la mitad de su arenga
la dejé, y acá me vengo
furioso. Maldito sea
quien la llevó, y el que allá
la trastornó la cabeza,
y que me perdone Dios
si digo alguna blasfemia.
Sostiene que no me quiere,
que soy hombre, y que soy tierra,
que el cláustro la llama así,
y que tan solo desea
una toca y una cruz
y un vestido de estameña.

CLETO. ¡Mi hija monja! ¡Dios eterno!
Y yo que soñé con verla
casada y mirar mi efígie
grabada en media docena
de nietecillos zumbando
como doradas abejas,
y hacer á todos reclutas,
y hacer al menor trompeta,
y enseñar el ejercicio
á la turba pequeñuela,
y ser, en fin, general
de la linda soldadesca!...
¡Mi hija monja! Allí encerrar
diez y siete primaveras,
diez y siete navidades,
navidades halagüeñas
que te ofrecían tan dulces
mazapanes y jaleas!

RICAR. La educación de su madre,
la culpa la tuvo ella.

CLETO. Es verdad: en paz descansa,

y en paz me dejó en la tierra.
Sobrino, la religión
es de la vida la esencia;
más también, según doctores,
por mucho celo se peca.
Mi mujer era una santa
que murió de una rabieta.
No bien lucía la aurora
se encaminaba á la iglesia,
y solo de allí salía
cuando cerraban las puertas.
La iglesia era su paseo,
su teatro, su vivienda.
Allí hablaba y murmuraba
y echaba más de una siesta.
Por la mañana maitines
y más tarde la reserva,
y completas por la tarde,
y luego las incompletas.
Los lunes á la vigilia,
los martes á la novena,
los miércoles al sermón,
los jueves á las cuarenta,
los viernes al alumbrado,
los sábados la minerva,
domingo, misa mayor;
y no hablo de la cuaresma
ni de la Semana Santa,
y etcétra, etcétra y etcétra.
¡Qué vida tan ocupada,
tan religiosa y tan buena!
Yo en tanto vivía solo,
y mi casa estaba puerca;
llevaba los pantalones
con flecos y rodilleras
hasta en los codos; botones
suprimidos: la portera,
porque no muriese de hambre,
me daba caldo y lentejas.
Eso sí, la aprovechaba:
un genio como una hiena;
egoista como pocas,

frívola como cualquiera.
No me hablaba en todo el dia,
me trataba á la baqueta,
me llamaba ganso y burro;
y una mañanita fresca
que vino de confesarse
de la más próxima iglesia
y de escuchar un sermón
acerca de la prudencia
la piedad y la humildad,
por llamarla callejera
me pegó una bofetada
que me deshizo una muela.
¡Ay! ¡que no te coja un toro
ni una beata!

RICAR. La encierra
á los cinco años de edad
en un cláustro!...

CLETO. ¡Pobre perla!

RICAR. Hasta ahora usted no ha podido
conseguir que á casa venga...
¿Ella qué sabe del mundo?

CLETO. ¿Y qué quieres tú que sepa?
¿Qué ha de saber esa niña
del mundo y sus excelencias,
de los espacios azules
dó puede volar ligera,
donde hay colores y luces,
donde las aves gorjean,
donde se cantan amores,
si en una mezquina celda
para una vida de buho
la aguarda cárcel estrecha!
Ella piensa que es valor
lo que es insigne flaqueza.
¿Qué mérito es no pecar,
cuando entre el pecado y ellas
hay diez llaves, diez cerrojos,
diez guardas y veinte puertas?
En el desierto africano,
¿qué mucho que no se beba,
si no hay una gota de agua

ni en el cielo ni en la tierra?
Pero estar cerca de un río,
ver correr el agua fresca,
tener sed y no beber,
¡esta sí que es prueba plena
y estas sí que son mujeres
valerosas y no aquéllas!

RICAR. Aquí viene.

CLETO. Con su libro.
Vete; luego haré que vengas.
Pide á Dios que me ilumine
y que con su ayuda venza,
que si yo pierdo una hija
pierdes una compañera. (Vase Ricardo.)

ESCENA III.

D. CLETO, ELVIRA con un libro en la mano, vestida de negro y mirando al suelo.

ELVIRA. Padre, permítame usted
que en esa mano...

CLETO. No me hables
de usted; háblame de tú.
Es más íntimo.

ELVIRA. Tratarle
con tal familiaridad...

CLETO. ¿Acaso no soy tu padre?

ELVIRA. Dame tu mano á besar.

CLETO. ¡Pobrecilla! ¡Si es un ángel!
¡Que esa humildad no concluya!
Así principió tu madre.
Primero me la besaba
y me la mordió más tarde;
y luegó me pegó un golpe
que aún no acabé de quejarme.
¿Qué es eso?

ELVIRA. Es un libro santo,
libro de rezos y cánones
y piadosas advertencias
y consejos admirables.

CLETO. Á ver...

ELVIRA. «Alfalfa divina»...
CLETO. ¡Canario! Sigue adelante.
ELVIRA. «Para el rebaño de Cristo.»
Es un libro saludable,
apacible.
CLETO. Sí, y pacible.
ELVIRA. Lo escribió el padre González.
CLETO. Pues pudo darle otro nombre
y emplear otro lenguaje.
ELVIRA. ¡Padre! (Asustada.)
CLETO.. Bien, dejemos esto.
Haz el favor de sentarte
á mi lado: mírame,
escucha mi voz amante,
piensa que solo me encuentro
en esta mansión infame
del mundo, y dime si al fin
decides abandonarme
y sepultar en un cláustro
tu belleza de los ángeles.
¿Tú estás decidída?
ELVIRA. Sí.
CLETO. Mis ruegos...
ELVIRA. Serán en balde.
¿Á qué vivir en el mundo
si es la vida miserable
plantel de todos los vicios
y las voluptuosidades?
¿Qué puedo yo ver aquí?
De Babilonia las calles
y vídas de Sardanápalos
y cenas de Baltasares.
Una reja por detrás
y otra reja por delante,
y una hora sólo de sueño
y veintitres de azotarse,
de ayunos y penitencias
y rezos en los altares,
tal mi vida puede ser,
y el domingo por la tarde
bajar á regar las coles
en el huerto con las madres.

Si esta vida es un camino
y está el término distante,
¿qué importan mala posada,
triste noche y duro catre,
si de la jornada al fin
aunque cansada la acabe,
por las puertas del Oriente
saldrá el sol para mirarme?
Huir del hombre, padre mío,
que es un animal muy grande,
sumidero de torpezas.
abismo de iniquidades,
cátedra de pestilencias,
Sansón de bestialidades,
Hijos todos de Caín,
tienen de Caín la sangre,
y el que coge una quijada,
otra le rompe á su padre.
La vida bendita y santa
es vida vírgen y mártir.
Así lo dice San Pablo
en su epístola admirable.
Bien hace el que no se casa:
Qui nom jungit melius fœcit.
Sicut me permaneant viduis.
Bonum mulierem non tangere.

CLETO. (¡Habla en latín! ¡Me partió!
Según San Ambrosio el Grande,
de que se concluye el mundo
serán precisas señales,
—entre otras que no nos dice—
la de que en latín nos hablen
los burros y las mujeres.)
Bien, hija. Vas á citarme
unos textos... y en latín...
¿Y esa epístola notable,
es aquella que escribió
á los adefesios?

ELVIRA. ¡Calle!
¡Á los de Efeso! (Asustada.)

CLETO. Corriente;
es lo mismo: no te enfades.

¿Pero eso es cierto, hija mía?
¿No han podido alucinarte,
engañarte con promesas?

ELVIRA. Yo siempre digo verdades.
Le hablo como á un confesor,
y como si aquí entonase
el *confiteor Deo.*

CLETO. Bueno.
¿El *confiteor*? ¡No te azares!
¡Si yo te daré confites
si te quedas con tu padre!
Mira, hija, que en esa vida
hay privaciones, pesares,
y que están llenas de hastío,
del cláustro las soledades.

ELVIRA. No lo creas. Hay honestas
distracciones.

CLETO. Dime cuáles.

ELVIRA. Coser, hacer mil bordados
para el altar, mil encajes.

CLETO. Pues coses mis calcetines,
y si tú quieres, los haces
bordados en oro y plata,
porque yo no he de quejarme.

ELVIRA. Hacer bollos, hacer dulces...

CLETO. Pues haz en tu casa ojaldres.

ELVIRA. Y vestir niños de cera...

CLETO. Ya los vestirás de carne.
Son mucho más cariñosos
y mucho más agradables,
y por la noche te cantan
mucho mejor que Gayarre.
Mira que un día el amor,
—que es un chiquillo intratable—
que tiene un tino certero
y unas flechas colosales
con las que atraviesa un alma
con más intención que un cafre,
puede llamar á tu puerta
quedito, y si no le abres,
con una flechita ó dos
te manda para incurables.

Irás al teatro.

ELVIRA. ¡*Pecatus*!

CLETO. Pero, hija...

ELVIRA. ¡*Pecatus*, padre!

CLETO. ¡Ricardo te ama!

ELVIRA. ¡*Pecatus*!

CLETO. Ricardo quiere casarse.

ELVIRA. ¡*Pecatus*!

CLETO. Y tendrás hijos.

ELVIRA. ¡*Pecatus*, *pecatus*!

CLETO. (Muy incomodado.) ¡Dale!
¡Qué *pecatus*! ¡No es *pecatus*!
¡Quien tal dijo es un salvaje!
El amor es un manjar
exquisito, y no fiambre,
y muchísimo más dulce
que los bollos y manjares
de las monjas. ¡No es *pecatus*!
¡Cuidado que estás cargante!
¡Por vida de Dios!

ELVIRA. (Escandalizada.) ¡Jesús!
¡Sacrilegio!

CLETO. ¡No te alarmes!
Es verdad. ¡Maldito sea!...

ELVIRA. ¡Impiedad! (Aterrada.)

CLETO. Tendré que atarme
la lengua. ¡Voto á!...

ELVIRA. (Espantada.) ¡Dios mío!

CLETO. ¡Mujer, no dejas que acabe!
¡Si es por el chápiro verde
por quien voto, personaje
que ni es santo, ni lo ha sido,
ni puede canonizarse!
Si lo que digo no sé;
si haces tú que disparate.
¡Pero, vamos, hija mía,
mi único bien!...

ELVIRA. ¡Todo en balde!
¡Padre, padre, no es posible!
Es inútil, no se canse;
iré al convento. Allí sólo
es donde puedo salvarme;

porque yo tengo... yo tengo...
¡ay! ¡lo que yo tengo, padre!
(Rompiendo á llorar.)

CLETO. ¿Tú tienes?... ¿Pero, qué tienes? (Alarmado.)

ELVIRA. No lo he de decir á nadie;
pero ella es la sola causa
que me arranca á mis hogares.
¡Yo tengo... lo que yo tengo!...

CLETO. Haz el favor de explicarte.
¿Qué cosa es?

ELVIRA. Si no lo sé.

CLETO. ¿Qué clase?...

ELVIRA. No tiene clase.

CLETO. ¿Pero qué es ello?

ELVIRA. Un enigma.

CLETO. ¡Un enigma!

ELVIRA. Indescifrable.

CLETO. ¿Dolores?

ELVIRA. Más que dolores.

CLETO. ¿Pesares?

ELVIRA. Más que pesares.

CLETO. ¿Angustias?

ELVIRA. Muchas angustias.

CLETO. ¿Tormentos?

ELVIRA. Incalculables.

CLETO. ¿En dónde?

ELVIRA. Dentro del alma,
en el cuerpo, en todas partes.
¡Son ellos! (Con espanto.)

CLETO. ¿Cómo son ellos?

ELVIRA. ¡Los tengo, los tengo!

CLETO. ¡Diantre!
Pero, ¿qué tienes, qué tienes?

ELVIRA. ¡Ay! ¡Lo que yo tengo, padre!

CLETO. ¡Ay! ¡Dios mío de mi vida!
(Levantándose fuera de sí y dando vueltas.)
¡La cabeza se me arde!
¡Ay, que yo me vuelvo loco!
¡Un médico en el instante!
¡Agua! ¿Qué tendrá mi hija,
—¡agua!—que nadie lo sabe?
¡Un cura!—¿Quién serán ellos?—

¡Ricardo, ven!

ELVIRA. ¡No le llames!

CLETO. ¡Espera, por Dios, espera!

ELVIRA. ¡Ay! padre, ¿por qué llamarle?

ESCENA IV.

DICHOS y RICARDO por la izquierda.

CLETO. Ricardo, ven en mi ayuda.
Yo convencerla no supe.
Ella tomó la palabra;
yo repliqué como pude,
y en latín y en castellano
la chica me ha dado un tute...
¡Háblala tú!—¡Soy perdido! (Se va y vuelve.)
¡Ah! Mira, chico, no jures;
y si juras, por el chápiro
verde. Cuanto pronuncies
de otra manera es blasfemia
y harás que ella te excomulgue.
¡Adios!... (Se va y vuelve.) ¡Ah! Mira, sobrino.
Bueno será que preguntes
quiénes son ellos, porque ellos
son la causa de que busque
el cláustro. Mi niña tiene
un algo... un desbarajuste
en la cabeza. ¡Son ellos!
Impide que la torturen.
¿No lo entiendes? Yo tampoco.
¡Señor! ¡Que el señor le alumbre!
(Sale por fondo.)

ESCENA V.

ELVIRA y RICARDO.

RICAR. ¡Prima, Elvira!

ELVIRA. No te acerques.
Desde lejos se habla bien.
¡Vete, enemigo!

RICAR. ¡Mi vida!

No me insultes: yo tu fé
practico; como tú pienso,
y creo lo que tú crees.

ELVIRA. ¿De veras?

RICAR. Yo te lo juro.

ELVIRA. ¡Jurar, no! (Alarmada.)

RICAR. No juraré.

ELVIRA. ¡Es pecado!

RICAR. Yo lo afirmo.

ELVIRA. Corriente, vamos á hacer
un exámen de conciencia.

RICAR. Pregunta.

ELVIRA. Contéstame.
¿Mientes?

RICAR. ¡Es un vicio feo!

ELVIRA. ¿Pero juras?

RICAR. Sin querer.

ELVIRA. ¿Pero bailas?

RICAR. ¡Con pasión!

ELVIRA. ¡Jesús!

RICAR. ¡Ya me condené!

ELVIRA. ¿Pero agarrado?

RICAR. ¡Agarrado!

ELVIRA. (¡No hay salvación para él!)

RICAR. Elvira, yo me arrepiento
y juro que no lo haré.

ELVIRA. Jurar, no. (Alarmada.)

RICAR. Pues lo prometo.
Pregunta.

ELVIRA. Contéstame.
¿Amas á Dios?

RICAR. En sus obras.

ELVIRA. ¿Y á su prójimo?

RICAR. También:
y sobre todo si es prójima,
y más si bonita es.

ELVIRA. ¿Y rezas?

RICAR. Á Santa Elvira.

ELVIRA. ¿Oyes misa?

RICAR. Alguna vez.

ELVIRA. ¿Ayunas?

RICAR. Soy periodista

ELVIRA. ¿Haces novenas?
RICAR. No sé,
ni quiero.
ELVIRA. ¡Traidor! ¡aparta!
RICAR. ¡Tu mano!
ELVIRA. ¡Atrás, Lucifer!
RICAR. Por tí rezaré el rosario,
y haré novenas, y cien
misas oiré con sermón,
y me disciplinaré.
ELVIRA. ¿De veras?
RICAR. ¡Me has convertido!
¡Dichosos vamos á ser!
Yo te llevaré al teatro...
ELVIRA. ¡Tentación!...
RICAR. Y á las *soireés*...
ELVIRA. ¡Tentación!
RICAR. Y á las carreras...
ELVIRA. ¡Tentación!
RICAR. ¡Y con moaré,
te vestiré!
ELVIRA. ¡Tentación!
RICAR. ¡Pues todo tentación es!
ELVIRA. ¡Aléjate, protestante!
RICAR. ¡No lo soy! ¡Protesto!
ELVIRA. ¡Infiel!
RICAR. No he renegado de tí.
ELVIRA. Enemigo de mi fé.
RICAR. ¡Amigo de tus encantos!
ELVIRA. ¡Hombre, ó demonio!
RICAR. ¡Mujer,
ó ángel! ¡Tu mano!
ELVIRA. ¡La cruz!
RICAR. ¡Elvira!
ELVIRA. ¡Atrás, Lucifer!
RICAR. ¡Mujer, ten piedad de mí
y acabemos de una vez!
Díme cómo alcanzar puedo
tu cariño y yo lo haré.
ELVIRA. Pues mira, sigue mi ejemplo.
Imita mi robustez
de espíritu y hazte cura.

RICAR. ¡Canario! ¡Pero mujer,
si yo me quiero casar!
ELVIRA. ¡Ay pecador! ¿Para qué?
RICAR. Pues toma, para casarme;
para casarme, eso es.
ELVIRA. ¿Dónde hay más dulce misión
ni más hermoso deber?...
Baptizare, predicare,
benedicere... Óyeme,
y si haces lo que te digo
dichosos podremos ser.
Yo me salvaré en el cláustro
y tú en el altar también;
y cuando llegue aquél día
en que el fiero San Miguel
penitencias y pecados
pese y mida, puede ser
que de la eterna balanza
podamos torcer el fiel
y nuestras almas unidas
que habrán ganado el Edén,
pasarán del Paraíso
las puertas de rosicler
y podremos alcanzar
la eterna Jerusalem!
Tu educación está mal...
Nunca llegaste á leer
libros de sana doctrina...
Toma éste y entérate.
RICAR. Á ver... ¿Qué me das? ¡Alfalfa!
ELVIRA. (Dándole el libro.)
¡Ojalá te siente bien!
Adios... El Señor contigo.
¡Señor, cuán *formosus est*!
Pulcherrimus y hermosisimus!
Señor, apártamele
que yo no podré apartarle,
como se acerque otra vez!
(Vase por la derecha.)

ESCENA VI.

RICARDO, D. CLETO por el fondo.

Ricardo contempla el libro pensativo.

CLETO. ¿Acabó la conferencia?
¿Venciste? ¡El gozo me inunda!
(¡La dijo cuatro floreos
y me la volvió tarumba!)
¿Qué ha dicho? ¿La convenciste?
RICAR. Voy á estudiar para cura.
(Levantando la cabeza, y después de decir el verso sale por la izquierda.)
CLETO. ¡Para cura! ¡Convertir
al misionero! ¡Qué absurda
conclusión! Como se empeñe
me hace fraile, y á mí nunca
me gustaron. ¡Ay, doctor,
venga usted, que el caso apura!

ESCENA VII.

D. CLETO, el DOCTOR por el fondo.

DOCTOR. Vamos, hombre, cálmese.
Siempre mil quejas anuncian
mi llegada, y al marcharme
ya no se quejan.
CLETO. Sin duda
porque los deja enterrados.
DOCTOR. Porque mi vista les cura.
CLETO. Mi niña...
DOCTOR. ¡No será nada! ..
Estos fríos y estas lluvias...
El frío daña á los nervios.
Hipócrates lo asegura.
Frigus inimicus est,
osibus et...

CLETO. (Furioso.) Si pronuncia
otra palabra en latín
lo mando á la sepultura!
DOCTOR. ¡Pero hombre!...
CLETO. Que á mí ya nadie
me habla en latín.
DOCTOR. ¡Qué tontuna!
CLETO. ¡Pues nada! Lo dicho, dicho:
el latín para los curas.
DOCTOR. ¡Qué furor! ¡Bah! Ya comprendo.
¡Riñeron! ¡Pobre criatura!...
¡Claro! La tiene encerrada
y la chica se pronuncia.
Llévela usted al teatro.
CLETO. ¡*Pecatus est*!
DOCTOR. ¡Qué locura!
¡Hombre, qué ha de ser pecado!
No tenga usted tan absurdas
ideas. Llame á la niña.
CLETO. ¡Elvira! (Llamando.)
¡Por Dios! Con mucha
calma examínela usted,
porque á todos nos oculta
un no sé qué que ella tiene,
un no sé qué que la asusta,
no sé qué, que es no sé cómo.
¿Entiende usted?
DOCTOR. ¿Quién, yo? ¡Nunca!...
Con tales explicaciones...
CLETO. Mas si ella no da ninguna...

ESCENA VIII.

DICHOS, ELVIRA por la derecha.

CLETO. Aquí tienes al doctor.
ELVIRA. Bueno.
CLETO. Tendrá calentura?
Véalo usted.
DOCTOR. ¡Qué nerviosilla!
CLETO. Como su madre. Era única

para aparatos de nervios
y convulsiones mayúsculas.

DOCTOR. Á ver la lengua.—¡Hola, pícara!
¡Qué lengua tan diminuta!

CLETO. ¡Pues su mamá la tenía
muy larga!

DOCTOR. ¿Doña Ventura?
Conque, á ver, ¿qué siente usted?
¿Son dolores, son angustias?
¿Es la cabeza, es el pecho?
¿No responde á mis preguntas?

ELVIRA. Doctor, no se canse usted:
mis oídos no le escuchan,
y no puede hacerle caso
esta servidora suya.
¿Qué me importan de la carne
las groseras vestiduras,
si alimento de gusanos
preparo para la tumba?...
No me hableis de la materia:
Pulvis est materia impura,
é in pulverem reverteris:
Evangelio de San Lúcas.
¡Atrás! Pecadora carne,
tú eres cera diminuta
que se retuerce del réprobo
en las afiladas uñas.
Tú el pecado y tú el error.
¡Ah, Señor!... *no nos inducas*
in tentationem, y sálvame
per misericordiam tuam.
Dejadla, pues. que perezca,
y libre de ligaduras
podrá volar el espíritu
por extensiones cerúleas,
y llegar á la presencia
de la unidad y la suma
y de la esencia y del sér,
y en eternales dulzuras
gozar de amores sin mácula
y de divinas coyundas,
y de arrobamientos místicos,

y de celestiales músicas,
y ser, *sicut pater meus*,
perfecta; escucha mi súplica
y á tí llévame, *agnus Dei*,
qui tollis pecata munda.

DOCTOR. (Señor, ya sé lo que tiene.) (Á D. Cleto.)

CLETO. ¿Cómo?

DOCTOR. No me cabe duda.
La niña se ha vuelto loca.
No bastan drogas ni purgas.
Per sécula seculorum
la queda la chifladura.
Llévela usté á Leganés;
esa es la esperanza única.

CLETO. ¿Y lo otro?

DOCTOR. ¿Cómo lo otro?

CLETO. Ellos.

DOCTOR. ¿Cómo ellos?

CLETO. La apuran
y la martirizan.

DOCTOR. ¿Quién?
(¡Ay! ¡Virgen de las Angustias!
¡También éste! ¡Pobrecito!)
Vaya, adios. (¡No tienen cura!)
(Vase por el foro.)

ESCENA IX.

ELVIRA y D. CLETO.

CLETO. Mira, hija mía del alma,
se me acaba el sufrimiento
y la paciencia y la vida.
Yo te suplico y te ruego
que me digas la verdad.
Tú volverás al convento
y profesarás si quieres,
porque en libertad te dejo;
pero dime lo que tienes;
dime, por piedad, qué es eso,
porque yo me vuelvo loco
y comprenderte no puedo.

ELVIRA. Pero, ¿prometes dejarme
en libertad?
CLETO. Lo prometo.
ELVIRA. ¿Iré á mi convento?
CLETO. Irás.
ELVIRA. Cierra las puertas.
CLETO. Las cierro.
ELVIRA. Ven aquí.
CLETO. Ya estoy aquí.
ELVIRA. Acércate.
CLETO. Ya me acerco.
ELVIRA. Escúchame.
CLETO. Ya te escucho.
ELVIRA. ¡Ay, padre, lo que yo tengo!
CLETO. ¡Ay, hija, dime qué es!
ELVIRA. ¡Ay, padre, si no me atrevo!
Yo tengo... yo tengo... ¡Ay, padre!
¡los demonios en el cuerpo!
CLETO. ¡Jesús, María y José!
¡Los demonios!
ELVIRA. Sí.
CLETO. ¡San Cleto,
mi santo me dé su ayuda!
Pero, ¿cómo?
ELVIRA. ¡Yo me muero!
CLETO. ¡Elvira!
ELVIRA. ¡Los he cogido!
CLETO. ¡Los ha cogido!... ¡Dios bueno!
¡Lo mismo que un constipado.
cuando llega el mes de Enero!
Pero, Elvira, vuelve en tí.
Esos son delirios, sueños
de tu loca fantasía
y tu corazón enfermo.
En la Edad Media, hija mía,
de los castillos soberbios,
por fosos y contrapuertas
el demonio andaba suelto;
pero en el siglo presente
con tanta luz y tal fuego,
con el petróleo y el gas,
con el alumbrado eléctrico,

no hay ninguno que traspase
los umbrales del infierno,
y por muestra en los salones
solo nos queda Asmodeo,
y es un diablo tan humano,
que á ese diablillo moderno
ninguna niña bonita
pienso que le tiene miedo.

ELVIRA. ¡Ah! no soy el solo caso:
otro ha habido en el convento.

CLETO. ¿Otro?

ELVIRA. La madre Teresa:
un día estaba cosiendo
y de repente dió un grito,
rodando se vino al suelo;
¡Qué bregar aquél de brazos!...
risas, estremecimientos...
¡y qué rechinar de dientes!...

CLETO. ¿Era un ataque epiléptico?

ELVIRA. ¡No, padre, que era el demonio!
Vino á poco el padre Anselmo,
y con el agua bendita
y conjuros muy diversos
y rezos, con mucha calma,
por el pulgar y el pequeño
del pié izquierdo, le sacó
cogiéndole por los cuernos.

CLETO. Pues si este asoma un pitón,
hija, no se queda dentro.
Pero, dime: ¿cómo ha sido?
¿Dónde fué? Saber deseo
el sitio.

ELVIRA. Fué en esta casa.

CLETO. ¿En esta casa?

ELVIRA. Sosiego
no hallo desde que llegué.

CLETO. ¡Aquí tales caballeros!

ELVIRA. Padre, un hombre me hechizó.
Desde que le ví me muero
de dolor.

CLETO. ¿Quién es?

ELVIRA. ¡Ricardo!

CLETO. ¡Ricardo! ¡Pues no comprendo!
ELVIRA. Aquí venía tranquila,
limpia el alma y sano el cuerpo,
mens sana in corpore sano!...
Llego, le miro y... ¿qué siento?
En el corazón angustias,
en la cabeza mareos,
en el alma desvaríos
y dolores en el cuerpo.
Quiero comer y no cómo,
quiero dormir y no duermo,
deseo reirme y lloro,
quiero rezar y no rezo.
¡Él es el que me ha embrujado
y por él el alma pierdo!
¡Son los malos, son los malos!
CLETO. ¡No, hija mía, son los buenos!
Ese diablo que tú tienes
todos también le tenemos,
y no es cosa de apurarse
por diablillo más ó menos.
Ese diablo es el amor
que es el diablo de estos tiempos.
Hija mía de mi vida
¡ay! ¡que la vida me has vuelto!
Yo te curo en un minuto.
ELVIRA. ¡Tú! ¿De veras?
CLETO. Vas á verlo.
¡Ricardo! ¡Ven! (Llamando.)
ELVIRA. No le llames.
CLETO. ¡Ricardo!
ELVIRA. ¡Verle no quiero!

ESCENA X.

DICHOS, RICARDO.

CLETO. Ricardo, todo acabó.
Vencimos al monasterio.
Ya no quiere profesar
y será tu esposa.
RICAR. ¡Cielos!

ELVIRA. No, padre, si yo no he dicho...
CLETO. Yo soy tu padre y ordeno
que te cases con Ricardo.
ELVIRA.. ¡Tentación!
RICAR. Vamos con tiento.
CLETO. Ricardo, yo te lo mando.
¿Tú tienes valor?
RICAR. Le tengo.
CLETO. Acércate.
ELVIRA. No te acerques.
CLETO. ¡Acércate, majadero!
¡Ahora abrázala!
ELVIRA. ¡*Pecatus*!
CLETO. Vamos, no pierdas el tiempo.
RICAR. ¡Mas si dice que es *pecatus*!
CLETO. ¡Abrázala! (Ricardo lo hace.)
ELVIRA. ¡Sacrilegio!
RICAR. ¡Allá va!
ELVIRA. ¡Qué horror!
CLETO. ¡Más fuerte!
¿Qué te parece?
ELVIRA. ¿Que es esto? (Riendo.)
¡Qué alegría! ¡Estoy mejor!
CLETO. ¡Salió un demonio!
ELVIRA. ¡Oh portento!
Pues así nos los sacaba
el padre Anselmo.
CLETO. Bien, bueno.
ELVIRA. ¡Ay! ¡Me vuelvo á poner triste!
CLETO. Pues otra vez el remedio.
(Ricardo la abraza.)
ELVIRA. ¡Qué dicha!
CLETO. Salió otro diablo!
Este mes el casamiento,
y en un mes, por muchos que haya,
los saca todos del cuerpo.
Elvira, tú á mi derecha.
Tú, Ricardo, al lado izquierdo.
(Se colocan á derecha é izquierda de D. Cleto.)
Ricardum, et vos, Elviram,
in matrimonium eternum
os vno secundum Paulum

epistolam y evangelium.
Créscite, multiplicámini,
et réplete terram. ¡Cielos!
¡Yo también hablo en latín!
Este si que es un portento.

ELVIRA. ¡Ay, padre! ¡Ya estoy curada! (Abrazándole.)
Mira mi rostro risueño.
¡Qué terrible enfermedad!...
¡pero qué dulce el remedio!

CLETO. ¡Bien digiste, pobre niña!
¡Qué verdad tu pensamiento!
Tener amor, es tener
los DEMONIOS EN EL CUERPO.

Zelor 3

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y enverso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso.
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien..., comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta un viejo, comedia en dos actos y en verso.
Inocencia..., comedia en tres actos y en verso.
Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Como se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job, comedia en tres actos y en verso.
El octavo, no mentir, comedia en tres actos y en verso.
La fuerza de un niño, comedia en tres actos y en verso.
Escurrir el bulto, comedia en un acto y en verso.
Por fuera y por dentro, comedia en dos actos y en verso.
La buena raza, comedia en tres actos y en verso.
Malditos números! comedia en tres actos y en verso.
Enseñar al que no sabe, comedia en tres actos y en verso.
La elocuencia del silencio, comedia en tres actos y en verso.
Sin familia, comedia en tres actos y en verso.
De todo un poco, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
El otro, comedia en tres actos y en verso.
Un año más, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
¿Perez ó Lopez? comedia en tres actos y en verso.
Pobre María! monólogo en un acto y en verso.
En plena luna de miel, comedia en un acto y en verso.
Sin solucion, comedia en tres actos y en verso.
Pension de demoiselles, humorada en un acto con el Sr. Vital Aza.
Caerse de un nido, comedia en acto y en verso.
Boda y bautizo, sainete, con el Sr. Vital Aza.
En primera clase, comedia en tres actos y en verso.
La mano derecha, juguete en un acto y en verso.
Los demonios en el cuerpo, comedia en un acto y en verso.